

2000

El polaquito

Andrea P. Rabih

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Rabih, Andrea P. (Primavera 2000) "*El polaquito*," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 51, Article 20.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss51/20>

This Creación: Cuentos is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in *Inti: Revista de literatura hispánica* by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

Andrea P. Rabih

El polaquito

Maquillaje, perfume y tacos. El último retoque en el ascensor. Ella entra y sonríe, pero el doctor, el polaquito de ojos verdes: “¿Ya sabés el resultado?” La mirada seria no responde a su sonrisa y ella no entiende qué pasa. Los ojitos claros no la miran, miran un sobre blanco y él, que ya había hablado por teléfono con el padre, ¿él no le había contado? No, ella no sabía, no le habían dicho nada, y la mano va al pecho sin darse cuenta. Hay algo duro primero, una venda; algo que aún duele, después.

Ella lo mira y el esfuerzo por hablar se nota. Él no la ayuda, la deja sola con sus palabras atascadas. Finalmente, la voz acuosa; ¿qué era lo que tenía? Él se incorpora, las manos fuertes, tan de varón, no saben qué hacer. Era un tumor, las células de la piel, un pigmento, la melanina, sólo una parte enferma. Tenían que volver a operarla. A ella le cuesta entender lo que dice, esas palabras van dejando huecos, pero puede comprender su mirada, demasiado tierna. Que había muchas posibilidades, le dice, que por suerte lo habían detectado a tiempo, pero también que ya no iba a besarla, ni a acariciarla, porque la carne enferma, con gusanitos malignos no se toca. Sólo necesita manos de doctor.

Un corte angosto, de 10 cm. de diámetro asegura un 95 por ciento. Porcentajes de vida. Con tajadas finas se saca lo que corresponda hasta limpiar la zona. Pero luego están los bordes, el límite de la grieta, hay que

lograr juntarlos hasta cerrar el agujero. La piel nueva cede, los bordes se aproximan, pero una más arriba que la otra. Mucho más arriba: desconcierta miradas con esa geometría absurda. Las tetas como el Guernica: dislocadas.

La voz del padre llora, no quiere un 95 por ciento, quiere más. “¿Más seguridad, más certezas?”, preguntan los médicos. “Sí”, grita el padre, desesperado. El padre también es doctor, no había visto ese lunar que crecía. La mancha marrón cambiando de forma con el sol del verano.

El verano había sido brasileiro: sol, caipirinhas y el miedo del padre a los ojos de extraños que desean a la hija en bikini. La hija que sí, es cierto, lo adora, lo abraza, pero mira anhelante hacia afuera. En cualquier momento puede irse a disfrutar de su cuerpo. Un cuerpo entero y caliente.

Finalmente los doctores responden: la seguridad es más cara, un 98 por ciento, pero entonces necesitamos más piel, más carne: 15 cm. de diámetro y la axila vaciada. La chica está ahí y conoce las consecuencias: un brazo hinchado y deforme para siempre. Y entonces de qué sirve “una carita tan joven” en un cuerpo de circo. Carne joven en oferta. La chica está muda ante esos lobos de blanco. No puede evitar mirar al polaquito. ¿Qué mira? ¿Qué espera? Le mira la boca, moriría por besarlo, lengua con lengua y dejarse ir. De pronto, ella escucha su voz, él la mira, la está mirando mientras habla. ¿Son solamente ojos de doctor? Y el polaquito: lo que ellos querían hacer no aseguraba nada, ella era demasiado joven y no se podía negociar de ese modo con su cuerpo.

Los doctores, los de miradas que sólo enfocan futuros cuerpos desmembrados, no pudieron advertir cómo ojos verdes y hundidos le estaban pidiendo a ella que reaccionara, que decidiera qué hacer con su cuerpo. Entonces la chica supo que él la estaba salvando del circo, del margen deforme y, tal vez por eso, pudo hablar.

Esta vez no hay mejillas con rubores, sino una cara con ojeras y dos kilos menos. En el sanatorio saluda a los doctores: la mano a dos de ellos y un beso al polaquito, los ojos tristes. Ella se muerde los labios hasta sentir dolor: por qué la estaba dejando afuera. Ella sólo quería sentir esas manos de escultor atrapando su cuerpo. Se acerca, la cabeza baja y una mezcla de pudor y humillación. Quiere hablarle, pedirle, pero él se mueve primero. La abraza suavemente: ¿él también se estremece con el contacto de su cuerpo? No, él la aleja con el consejo: por qué no tomaba un lexotanil. Ya había tomado, gracias, se lo había dado su padre. Y las palabras heladas continúan y ella piensa que tiene que hacer algo cuando él le contesta que era mejor que estuviera tranquila. Entonces lo mira, lo acaricia y se sorprende, al tiempo, de lo que es capaz de hacer. Porque ahora lo desnuda con las manos quietas, aprovechando que aún no han colocado esa tela que separa a los doctores de la mirada vaciada de los enfermos. El se mueve en el lugar, mueve los piecitos, inquieto. No resiste el desafío. Se va.

Hay tres lámparas reflectoras, tornos gigantes colgados del techo. La luz cae de pleno sobre el cuerpo desnudo, los pezones, y ella que sabe que el polaquito quiere morderlos, pasar la lengua despacio para sentir cómo se endurecen.

Los doctores hablan en voz baja, hay ruido de instrumentos de metal chocando entre sí. ¿Los están desinfectando, los están dejando brillantes y afilados? Escucha una voz que anuncia la anestesia, un pinchazo y el líquido lento, intravenoso. En unos minutos el hormigueo frío y parejo le anunciará el abandono del cuerpo. Algunos preparativos tienen una morosidad conocida: cruel y excitante.

Unas manos de látex se apoyan en su pecho. Luego, un ruido seco y la piel se abre: el corte filoso y preciso no duele. Tampoco duelen esas manos asépticas que comienzan a escarbar porque algo húmedo, una presión caliente, comienza a subir por su piel. Intenta mirar pero no puede moverse. Mejor se queda quietita y espera otras manos. Las manos fuertes y desprejuiciadas que ahora le acarician las piernas y se van apoderando de su cuerpo.

La voz del polaquito suena clara: ¿cómo estaba, estaba tranquila? No, estaba desnuda y mojada. Temblando en la espera. ¿Dónde estaban los otros?, pregunta ella. Y el polaquito: entonces sí había algo de miedo, ¿era miedo o pudor adolescente?

Los otros no importan, la tranquiliza él. Y ella percibe sus respiraciones. Concentradas y meticulosas: no se dan cuenta que ella está toda húmeda, que en este momento es la presión que invade lenta, preciosa y se acurruca entre sus piernas. Ese secreto es suyo y los doctores de blanco se quedan afuera, tocando la carne enferma. No hacen como el polaquito: la mirada en sus piernas largas, convergente hacia el triángulo más cálido y verdadero de cualquier mujer. Triángulo de poder y él que no para de besarla y acariciarla. Ella también lo toca y sus cuerpos empiezan a transpirar, a fundirse en ese sudor que purifica. El se mueve despacio y empieza a completarla, el ritmo de un experto y un amante: la mira, la espera y adivina ese punto en que comienza el vértigo. Entonces se mueve más rápido, anhelante, desquiciado, hasta que ella llega a ser pura presión sabiamente egofsta, pura fuerza enloquecida que estalla, para reconocer ese instante en que la vida y la muerte tienen la misma cara.

Los ojos se abrieron al cielo raso, ningún recuerdo. Al fondo, una puerta cerrada y muda, y la mirada que se acerca: los pies son un bulto y las rodillas una sombra arrugada entre sábanas ásperas. Al final, la figura de un cuerpo horizontal, inmóvil. El de ella.

Respira hondo y trata de moverse, pero el recuerdo de las partes de su cuerpo no coincide con su ubicación real. ¿Dónde tiene cada parte? Una mueca parecida a una sonrisa y la frase de un amigo para describir la resaca: efecto yunque.

Los ojos se abrieron al cielo raso, ningún recuerdo. Al fondo, una puerta cerrada y muda, y la mirada que se acerca: los pies son un bulto y las rodillas una sombra arrugada entre sábanas ásperas. Al final, la figura de un cuerpo horizontal, inmóvil. El de ella.

Respira hondo y trata de moverse, pero el recuerdo de las partes de su cuerpo no coincide con su ubicación real. ¿Dónde tiene cada parte? Una mueca parecida a una sonrisa y la frase de un amigo para describir la resaca: efecto yunque.

Se mueve de costado y logra apoyar un codo. Mal movimiento: un agujero, el agujero en el pecho la atraviesa, la hunde. Y también están esas lágrimas que la humillan, porque ella no quiere ser pura herida, pura carne viva, desvergonzada y desnuda.

Despacio, mueve el otro brazo y comienza a incorporarse, el cuerpo queda arqueado y hay otro agujero, otro ardor, el que pulsa donde nacen sus piernas y la hace sonreír. Ya sentada, sus manos bajan tímidas en el intento de comprobar ese otro dolor. Entonces, aparece nítida la boca desenfundada del polaquito, boca de puro goce y ella que no quiere volver a verlo, aferrada a la certeza de que los instantes que logran alejar el vacío, esa falta eterna y constante, son frágiles e irrepetibles.

La puerta se abrió de golpe y ella apenas logró meter el cuerpo debajo de las sábanas; la cara quedó afuera, desprotegida. Qué chiquita, qué asustada, pensaría su padre, que se acercaba cansado hacia la cama de hospital. Cómo estaba, y hubo caricias reconfortantes. Estaba bien, por suerte no le dolía nada, dijo ella mientras trataba de incorporarse en la cama. El padre se alegraba, “es un buen signo”, dijo sonriendo. “Ahora va a venir el doctor a verte y en un rato nos vamos a casa”. No, no era el más joven. El había tenido que irse, contestó el padre a esos ojos extrañamente desencajados. Le mandaba un beso.